

EL ALBA Y LA TERRA

Perezosa abre los ojos, uno al este cegado por el sol levante, otro a poniente que vislumbra la ciudad. La sensación de vacío le inunda, sacude la cabeza y abre desmesuradamente el pico lanzando un grito, cual bebé hambriento rebelde contra el nuevo día.

— Hay que desayunar — se dice.

Bate las alas y remonta un vuelo mar adentro desde el cielo del Meliá. Gana altura y enjuaga su cara contra las gotas suspendidas en el aire de la mañana. La humedad salina le resbala por las alas y arrastra el polvo y el sueño. Mira hacia el agua, hay marejadilla. Ya está muy alta, muy lejos de la costa, duchada y sin sueño. Detiene el aleteo, despliega sus enormes alas e inicia un giro hacia el norte. Tras la brumilla aparece el Cabo Huertas, donde otras amigas baten sus alas entre gritos y carcajadas. En un amplio giro con las alas quietas baja hasta divisar el fondo del mediterráneo, entonces inicia un enérgico aleteo que la dirige a la ciudad mirando el mar a poca altura.

— Soy un ave del cielo y tú, pez del agua, debes aparecer fácil para que yo pueda existir hoy.

Ve una caballa aburrida por el fondo de la ensenada, espera a que se aproxime a la superficie y baja en picado con las alas plegadas, hasta sumergirse con toda la fuerza de la caída libre. En un instante abre la boca y atrapa con violencia al pez que, asustado, se debate entre vaivenes intentando zafarse del pico de la gaviota hambrienta.

— Ya te tengo querido pescado, hoy desayunaré doble, para hoy y para mañana.

Desesperada intenta remontar el vuelo desplegando toda la superficie alar, pero no sube, sigue a ras del blando y húmedo solado. Le llega el fuerte olor a pez azul que casi siente ya en su buche y que rabioso acaba por soltarse.

Aún sin desayunar, el sol, que está ya a un palmo del horizonte, le calienta la cabeza manchada de sal y de grasa. Se dirige a las rocas, sobrevuela las aguas tranquilas del rompeolas, agacha la cabeza y ve un calamar grande durmiendo. Cae, se capuza de nuevo, lo atrapa e intenta remontar. La gaviota aleteando nerviosa, con un metro de calamar colgando, iluminado por el sol levante y enmarcado por el cielo azul de la mañana, sugiere una composición surrealista, que el mismo Dalí habría titulado: "Lucha por la vida".

Ya no tiene hambre. Al fondo distingue el castillo donde sus amigas han empezado la jornada. Vuela hacia el acantilado y con tres sonoros gritos se incorpora a la procesión de compañeras que giran en torno a la fortaleza a la vez que chillan y se ríen mirando hacia abajo.

El sol ya está a un metro del agua y lo llena todo de luz y calor. El Benacantil se ríe contagiado de las carcajadas de las gaviotas; las rocas milenarias de la fortaleza contemplan la ciudad a través de la nube blanca de reidoras, que se mofan de los viejos que pasean y de los jóvenes que corren el Postiguet a primera hora de la mañana. También se ríen de los ejecutivos en chándal cuando rodean a la culona que mira el mar en la curva del colesterol. Las gaviotas se ríen de todo, si la tuvieran se reirían de su sombra mientras vuelan. En la pequeña playa artificial se cruzan con las golondrinas que, más discretas, sobrevuelan la costa a baja altura y anidan en las azoteas.

Cuando es próximo el mediodía estival, con su calor agobiante, cuando llegan montones de personas medio desnudas a las inmediaciones de la playa,

las gaviotas vuelan más alto para ver mejor; entonces, en vez de reírse gritan de pánico asustadas por tanta gente y tanto calor. Suben por encima del castillo buscando un aire donde sobrevivir al sofocante mediodía. Desde arriba ven a los humanos moverse torpemente, hablar, zambullirse en el agua, embadurnarse con aceites, taparse la cara con vidrios ahumados y cubrirse con telas y plásticos de colores, también para protegerse del sol.

— Ja, ja, ja, ¿para qué salen de sus agujeros y vienen a la ensenada con ese montón de cosas? ¡Que se queden a cubierto! Si no les debe dar el sol y no lo pueden mirar ¿para qué vienen?

La tertulia de las gaviotas en verano en el cielo del castillo es una auténtica juerga. Ya al atardecer, cuando el sol ha pasado al otro lado y se suaviza la temperatura, bajan hasta la ladera del Benacantil, y allí siguen su reunión sobrevolando el arrabal y dejando caer sus excrementos sobre los edificios que rompen la belleza del monte en su encuentro con la antigua muralla, como pidiendo a gritos que los derriben.

Vuelven a reírse; ahora más cerca de las señoras maduras que pasean de tres en tres, de los jóvenes que hacen deporte de seis en seis, de los que han acabado la jornada y vuelven a quemar estrés, y de alguna joven triste que intenta alegrarse un día más oliendo a arenques, mirando el atardecer y oyéndolas reír a ellas.

Todo ese escándalo es contemplado en silencio por el anciano milenario inquilino del Benacantil, que lo ha visto todo y cada día contempla cómo: ciudad, humanos, gaviotas y golondrinas, entre el oro del amanecer y la plata del anochecer en la superficie del mediterráneo, hacen posible la mágica Terra. Contempla todo esto rodeado de esas a las que les da igual ayer que mañana, laborable o festivo. Todos los días son iguales para ellas, no hay fin de semana ni de año, siempre la misma jornada, comer, reírse y vivir en paz. Distinguen las estaciones porque en primavera están más contentas, en verano chillan más fuerte y en invierno sienten frío. También distinguen el día y la noche, de día tienen hambre y de noche sueñan en silencio.

Jaime Colom

Alicante 3 de Junio de 2006